









---

# **MÉXICO INSURGENTE**

---

JOHN REED



---

# MÉXICO INSURGENTE

---

JOHN REED

Ilustrado por  
**ALBERTO GAMÓN**

Traducido por  
**ÍÑIGO JÁUREGUI**

*Capitán Swing* 

| Nørdicalibros

**Título original:**

*Insurgent Mexico (1914)*

**© De las ilustraciones:**

Alberto Gamón

**© De la traducción:**

Íñigo Jáuregui

**© De esta edición:**

Capitán Swing Libros S. L.

[www.capitanswing.com](http://www.capitanswing.com)

Nórdica Libros S.L.

[www.nordicalibros.com](http://www.nordicalibros.com)

Primera edición en Capitán Swing y Nórdica Libros: octubre de 2020

**© Diseño gráfico:**

Filo Estudio - [www.filoestudio.com](http://www.filoestudio.com)

**Maquetación:**

Victoria Parra

**Corrección ortotipográfica:**

Victoria Parra y Ana Patrón

ISBN: 978-84-18067-08-2

Depósito Legal: M-24573-2020

Código IBIC: BT

Código Thema: DNX

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gráficas Gracel

Alcobendas (Madrid)

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.



# ÍNDICE

Una confesión preliminar .....	11
En la frontera .....	13

## **PRIMERA PARTE. LA GUERRA DEL DESIERTO..... 21**

1. La región de Urbina .....	23
2. El león de Durango en su casa .....	29
3. El general marcha a la guerra .....	35
4. La tropa en marcha .....	41
5. Noches blancas en La Zarca .....	53
6. ¿Quién vive? .....	59
7. Una avanzadilla de la Revolución .....	65
8. Los cinco mosqueteros .....	71
9. La última noche .....	77
10. La llegada de los colorados .....	83
11. La huida del míster .....	89
12. Elizabetta .....	99

## **SEGUNDA PARTE. FRANCISCO VILLA..... 107**

1. Villa acepta una medalla .....	109
2. El ascenso de un bandido .....	113
3. Un peón en política .....	117
4. El lado humano .....	125
5. El funeral de Abraham González .....	129
6. Villa y Carranza .....	133
7. Las reglas de la guerra .....	135
8. El sueño de Pancho Villa .....	139

### **TERCERA PARTE. JIMÉNEZ Y LA PARTE OCCIDENTAL ..... 141**

1. El hotel de doña Luisa .....	143
2. Duelo de madrugada .....	147
3. Salvado por un reloj .....	153
4. Símbolos de México .....	157

### **CUARTA PARTE. UN PUEBLO EN ARMAS ..... 163**

1. ¡A Torreón! .....	165
2. El ejército en Yermo .....	169
3. La primera sangre .....	175
4. En el vagón de artillería .....	179
5. A las puertas de Gómez Palacio .....	185
6. Los compañeros vuelven a aparecer .....	189
7. Un amanecer sangriento .....	193
8. Aparece la artillería .....	199
9. La batalla .....	203
10. Entre ataques .....	211
11. Una avanzada en acción .....	217
12. El ataque de los hombres de Contreras .....	223
13. Un ataque nocturno .....	227
14. La caída de Gómez Palacio .....	233

### **QUINTA PARTE. CARRANZA, UNA IMPRESIÓN ..... 239**

### **SEXTA PARTE. LAS NOCHES MEXICANAS ..... 253**

1. El cosmopolita .....	255
2. Valle Alegre .....	261
3. Los pastores .....	275

Agradecimientos .....	319
-----------------------	-----

*Al profesor Charles Townsend Copeland,  
de la Universidad de Harvard*



## UNA CONFESIÓN PRELIMINAR

**Q**uerido Copey:

Recuerdo que te extrañaba que mi primer viaje al extranjero no me animara a escribir lo que allí veía. Pero luego he visitado un país que me incitó a expresarlo en palabras y, al escribir estas impresiones de México, no pude evitar pensar que nunca habría visto lo que vi si tú no me hubieras enseñado.

Solo puedo sumarme a lo que tantos escritores te han dicho ya: que escucharte es aprender a ver la belleza escondida del mundo visible y que ser amigo tuyo equivale a intentar ser honesto intelectualmente.

Así pues, te dedico este libro sabiendo que tomarás como tuyas las partes que te gusten y me disculparás por el resto.

Tu viejo amigo,

JACK

*Nueva York, 3 de julio de 1914*



## EN LA FRONTERA

**A**bandonada Chihuahua, el ejército federal de Mercado permaneció tres meses en Ojinaga, a orillas del río Bravo, tras su espectacular y terrible retirada a través de seiscientos cincuenta kilómetros de desierto.

En Presidio, en el lado estadounidense del río, se podía trepar al tejado de barro alisado de la oficina de correos. Desde allí, tras un kilómetro y medio de bajos matorrales que crecían en la arena, se divisaba el río poco profundo y amarillento y, más allá, la pequeña meseta donde se encontraba el pueblo, claramente recortado en un desierto abrasador, rodeado de montañas peladas e inhóspitas.

Se podían ver las casas de adobe de Ojinaga, cuadradas y grises, y algunas cúpulas orientales de viejas iglesias españolas. Era una tierra tan desolada y desprovista de árboles que uno esperaba ver minaretes. Durante el día, los soldados federales vestidos con andrajosos uniformes blancos pululaban por allí cavando trincheras sin orden ni concierto, pues se rumoreaba que Villa y sus victoriosos constitucionalistas venían de camino. El sol producía súbitos destellos al reflejarse en los fusiles y espesas nubes de humo se elevaban en línea recta hacia el cielo.

Al atardecer, cuando el sol caía como la llamarada de un alto horno, pasaban patrullas a caballo en dirección a las avanzadillas nocturnas, perfilándose claramente sobre el horizonte. Al caer la noche ardían misteriosas hogueras en el pueblo.

Había tres mil quinientos hombres en Ojinaga. Eso era todo lo que quedaba del ejército de diez mil hombres comandado por Mercado y de

los cinco mil que Pascual Orozco había llevado al norte como refuerzo desde Ciudad de México. De esos tres mil quinientos, cuarenta y cinco eran comandantes, veintiuno coroneles y once generales.

Yo quería entrevistar al general Mercado, pero como un periódico había publicado algo que había molestado al general Salazar, este había prohibido la presencia de reporteros en la ciudad. Envié una respetuosa petición al general Mercado, pero la nota fue interceptada por el general Orozco, que la devolvió con la siguiente respuesta:

Estimado señor:

Si pone los pies en Ojinaga, le llevaré contra un muro y con mi propia mano tendré el gusto de coserle la espalda a balazos.

A pesar de todo aquello, vadeé el río y me dirigí al pueblo. Por suerte no me encontré con el general Orozco. Nadie pareció oponerse a que yo entrara. Todos los centinelas que vi estaban durmiendo la siesta a la sombra de los muros de adobe. Enseguida me topé con un amable oficial llamado Hernández, a quien le expliqué mi intención de ver al general Mercado.

Sin preguntarme quién era yo, frunció el ceño, cruzó los brazos y me soltó:

—¡Soy el jefe del Estado Mayor del general Orozco y no voy a llevarle hasta el general Mercado!

No dije nada. Pasados unos minutos, me explicó lo siguiente:

—¡El general Orozco odia al general Mercado! No se digna a ir al cuartel del general Mercado, y el general Mercado no se atreve a ir al cuartel del general Orozco. Es un cobarde. Huyó de Tierra Blanca y luego escapó de Chihuahua.

—¿Qué otros generales no le gustan? —pregunté.

Se contuvo y, tras echarme una mirada enojada, sonrió irónicamente:

—¿Quién sabe?

Finalmente vi al general Mercado, un hombre rechoncho, de baja estatura, preocupado e indeciso, que, quejoso y fanfarrón, me contó una larga historia acerca de cómo el ejército de Estados Unidos había cruzado el río y ayudado a Villa a ganar la batalla de Tierra Blanca.



Las blancas y polvorientas calles del pueblo, donde se amontonaban el polvo y el forraje, la vieja iglesia sin ventanas, con sus tres enormes campanas españolas que colgaban de un madero exterior y una nube de incienso azul que salía de la negra puerta, donde las mujeres acampadas que seguían al ejército rezaban día y noche por la victoria. Todo aquello yacía bajo el sol sofocante y abrasador. Cinco veces se había perdido y tomado Ojinaga. Apenas quedaban casas con tejados, y los muros estaban perforados por balas de cañón. En estos cuartos desnudos y arrasados vivían los soldados, junto con sus mujeres, caballos, pollos y cerdos, capturados en incursiones por los alrededores. Había rifles amontonados en las esquinas y sacos de arena apilados sobre el polvo. Los soldados iban vestidos con harapos y casi ninguno llevaba el uniforme completo. Acucillados en torno a pequeñas hogueras delante de sus puertas, hervían mazorcas de maíz y carne seca. Estaban casi muertos de hambre.

Por la calle mayor pasaba una procesión ininterrumpida de gente enferma, agotada o famélica, a quien el miedo a la cercanía de los rebeldes empujaba a salir de sus casas y emprender un viaje de ocho días por el desierto más terrible del mundo. Un centenar de soldados federales los paraba en la calle para robarles lo que se les antojara. Luego cruzaban el río, y en el lado estadounidense tenían que sufrir el calvario de las aduanas norteamericanas, los agentes de inmigración y de la patrulla militar fronteriza, que los registraban en busca de armas.

Centenares de refugiados atravesaban el río, algunos a caballo al frente del ganado, otros en carros o a pie. Los agentes no eran muy amables.

—¡Bájese del carro! —gritó uno a una mujer mexicana con un fardo en los brazos.

—Pero, señor, ¿por qué...? —balbució ella.

—¡Que se baje o la bajo! —gritó él.

Cacheaban de forma innecesariamente brutal y meticulosa a los hombres, y también a las mujeres.

Estando yo allí, una mujer vadeó el río con la falda despreocupadamente levantada hasta los muslos. Vestía un mantón voluminoso y abultado por delante, como si llevara algo.

—¡Eh, usted! —gritó un aduanero—. ¿Qué lleva debajo del manto? Ella se abrió la pechera y contestó tranquilamente:  
—No lo sé, señor. Puede ser una niña, o quizá un niño.

Eran días de gloria para Presidio, un pueblo perdido e indescritiblemente desolado de unas quince casas de adobe, esparcidas sin orden ni concierto por la arena profunda y los arbustos de álamo a la orilla del río. El viejo Kleinmann, el tendero alemán, hacía una fortuna diaria equipando a los refugiados y aprovisionando al ejército federal al otro lado del río. Tenía tres bellas hijas adolescentes, a las que guardaba bajo llave en el desván de su tienda, porque un enjambre de lujuriosos mexicanos y ardientes vaqueros las acechaba como perros, atraídos desde muchos kilómetros de distancia por la fama de estas damiselas. Kleinmann pasaba la mitad del tiempo trabajando a destajo en la tienda, desnudo de cintura para arriba, y la otra mitad corriendo de un lado para otro con una gran pistola amarrada a la cintura, espantando a los pretendientes.

18 | A cualquier hora del día y de la noche, pandillas de soldados federales desarmados procedentes del otro lado del río abarrotaban la tienda y la sala de billar. Entre ellos circulaban hombres sombríos y amenazantes con aires de grandeza, agentes secretos de los rebeldes y los federales. Alrededor, en la maleza, acampaban cientos de refugiados empobrecidos, y de noche uno no podía doblar la esquina sin toparse con una conjura o contraconjura. Había *rangers* texanos y soldados estadounidenses, y agentes de las compañías norteamericanas que intentaban transmitir instrucciones secretas a sus empleados en el interior.

Un tal MacKenzie caminaba de un lado a otro de la oficina de correos, lleno de ira. Al parecer tenía unas cartas importantes para las minas de la Compañía Estadounidense de Fundiciones y Refinerías de Santa Eulalia.

—¡El bueno de Mercado insiste en abrir y leer todas las cartas que pasan por sus líneas! —gritaba indignado.

—¿Pero las dejará pasar, no? —dijo.

—Por supuesto —respondió—. Pero ¿cree usted que la Compañía Estadounidense de Fundiciones y Refinerías va a aceptar que un maldito

cuate abra y lea sus cartas? ¡Es un ultraje que una compañía estadounidense se no pueda mandar una carta privada a sus empleados! Si esto no acarrea la intervención —remató con tono misterioso—, ¡no sé qué lo hará!

Había toda clase de viajantes de compañías de armas y municiones, contrabandistas y estraperlistas; también un hombre pequeño y peleón, viajante de una empresa de retratos, que hacía ampliaciones al pastel de fotografías a cinco pesos la pieza. Corría de aquí para allá entre los mexicanos y recibía miles de encargos de fotografías, que había que pagar en el momento de la entrega y que, naturalmente, nunca podían entregarse. Era su primera experiencia con mexicanos y estaba muy satisfecho por los cientos de pedidos que había recibido. Hay que aclarar que un mexicano encarga rápidamente un retrato, un piano o un automóvil mientras no tenga que pagarlo, porque eso le da una sensación de riqueza.

El pequeño viajante de ampliaciones al pastel hizo un comentario sobre la Revolución mexicana. Dijo que el general Huerta debía de ser un gran hombre, ¡pues él tenía entendido que estaba lejanamente emparentado por el lado materno con la ilustre familia Carey, de Virginia!

La orilla estadounidense del río era patrullada dos veces al día por pequeñas divisiones de caballería, imitadas escrupulosamente por compañías de jinetes en el lado mexicano. Ambos bandos se observaban atentamente a través de la frontera. De vez en cuando un mexicano, incapaz de controlar su nerviosismo, disparaba un tiro a los estadounidenses, lo que desencadenaba una pequeña batalla, mientras los dos bandos se dispersaban por los matorrales. Un poco más allá de Presidio se hallaban estacionadas dos tropas de la Novena División de la Caballería Negra. Un soldado de color que daba de beber a su caballo a la orilla del río fue increpado desde la otra orilla por un mexicano que hablaba inglés:

—¡Eh, negro! —gritó, burlón—. ¿Cuándo van a cruzar la frontera tus malditos gringos?

—¡Chile! —respondió el negro—. ¡No vamos a cruzar la frontera! ¡Vamos a levantarla y llevarla hasta el canal de Panamá!

A veces un refugiado rico, con una buena cantidad de oro cosida a la silla de montar, cruzaba el río sin que los federales se dieran cuenta. Había seis automóviles grandes y potentes esperando a esas víctimas. Les cobraban

cien dólares en oro por llevarlos al ferrocarril. De camino, en algún lugar de los desolados yermos al sur de Marfa, unos hombres enmascarados con toda probabilidad los asaltarían y les quitarían todo lo que llevaban encima.

En esas ocasiones, el *sheriff* del condado de Presidio irrumpía en el pueblo a lomos de un pequeño caballo pinto, una figura fiel a la mejor tradición de *La chica del dorado Oeste*.<sup>1</sup> Había leído todas las novelas de Owen Wister y sabía qué aspecto debía tener un *sheriff* del Oeste: dos revólveres a la cintura, una funda de fusil bajo el brazo, un gran cuchillo en la bota izquierda y un enorme rifle sobre la silla de montar. Su conversación estaba salpicada de los más terribles juramentos, y nunca pillaba a ningún delincuente. Se pasaba todo el tiempo haciendo respetar la prohibición de llevar armas en el condado de Presidio y jugando al póker. Por la noche, acabada su jornada, se le podía ver jugando tranquilamente una partida en la trastienda del local de Kleinmann.

La guerra y los rumores de guerra tenían a Presidio en un frenesí. Todos sabíamos que tarde o temprano el ejército constitucionalista llegaría desde Chihuahua y atacaría Ojinaga. De hecho, los generales federales en bloque ya habían abordado al comandante en jefe de la patrulla fronteriza para que preparara la retirada de Ojinaga del ejército federal en tales circunstancias. Decían que cuando los rebeldes atacaran, intentarían resistir por un tiempo respetable, pongamos que dos horas, y que luego les gustaría tener permiso para cruzar el río.

Sabíamos que a unos cuarenta kilómetros al sur, en el Paso de la Mula, quinientos voluntarios rebeldes vigilaban el único camino desde Ojinaga a través de las montañas. Cierta día un correo se coló por las líneas federales y cruzó el río con noticias importantes. Dijo que la banda militar del ejército federal marchaba por la zona ensayando su música, cuando fue capturada por los constitucionalistas, que tuvieron a los rehenes de pie en la plaza del mercado apuntándoles a la cabeza para que tocaran durante doce horas seguidas. «De esta manera —continuaba el mensaje—, las penurias de la vida en el desierto se aliviaron un poco».

---

<sup>1</sup> Obra de teatro de David Belasco, estrenada en 1905 y ambientada en la Fiebre del Oro. (*N. del T.*)

Nunca supimos qué hacía la banda ensayando a solas en el desierto, a treinta y cinco kilómetros de Ojinaga.

Los federales se quedaron otro mes en Ojinaga, y Presidio prosperó. Entonces apareció Villa sobre una loma del desierto, al frente de su ejército. Los federales resistieron un tiempo respetable —dos horas o, para ser exactos, hasta que el propio Villa, al frente de una batería, avanzó directamente hasta los cañones de los rifles— y a continuación se lanzaron en tropel a cruzar el río. Los soldados estadounidenses los llevaron a un amplio corral y más tarde los encerraron en un cercado con alambradas en Fort Bliss (Texas).

Pero para entonces yo ya estaba en México, cabalgando por el desierto con un centenar de andrajosos soldados constitucionalistas, rumbo al frente.



## **PRIMERA PARTE**

### **LA GUERRA DEL DESIERTO**





# 1

## LA REGIÓN DE URBINA

Un vendedor ambulante procedente de Parral entró en el pueblo con una mula cargada de macuche —se fuma macuche cuando no hay tabaco disponible—, así que fui a verlo con el resto de la población para enterarme de las noticias. Esto fue en Magistral, un pueblo en las montañas de Durango, a tres días a caballo del ferrocarril. Alguien compró un poco de macuche, el resto de nosotros le pedimos un poco y mandamos a un chico a por mazorcas de maíz. Todo el mundo encendió un cigarrillo y rodeó al vendedor formando tres filas, pues hacía semanas que el pueblo no tenía noticias de la revolución. El hombre traía rumores de lo más alarmantes: que los federales habían escapado de Torreón y venían de camino, quemando ranchos y matando a gente pacífica; que las tropas estadounidenses habían cruzado el río Bravo; que Huerta había dimitido y se dirigía hacia el norte para hacerse cargo en persona de las tropas federales; que habían matado a Pascual Orozco en Ojinaga; que Pascual Orozco marchaba hacia el sur con diez mil colorados. Pasaba estos informes con abundantes gestos dramáticos, pisoteando el suelo con fuerza hasta que su pesado sombrero entre marrón y dorado se bamboleaba sobre su cabeza, echándose el desvaído poncho azul sobre los hombros, disparando fusiles y desenvainando espadas imaginarias, mientras el público murmuraba: «¡Cielo santo!» y «¡Adiós!». Pero el rumor más interesante era que el general Urbina iba a salir para el frente dos días después.

Dio la casualidad de que un hosco árabe llamado Antonio Swayfeta iba a Parral a la mañana siguiente en un calesín, y me dejó acompañarlo hasta Las Nieves, donde vive el general. Por la tarde ya habíamos bajado

las montañas hasta el gran altiplano en el norte de Durango y avanzábamos por las grandes olas de la amarillenta pradera, tan extensa que el ganado que pastaba quedaba reducido a meros puntos y acababa desapareciendo a los pies de las ásperas montañas púrpuras, que parecían estar a tiro de piedra. La hostilidad del árabe aflojó y me contó la historia de su vida, de la que no entendí palabra. No obstante, por lo que pude deducir, el meollo de aquello era en gran parte comercial. Había estado una vez en El Paso y le parecía la ciudad más bonita del mundo. Pero había más negocio en México. Dicen que hay pocos judíos en México porque no resisten la competencia de los árabes.

En todo ese día nos cruzamos con un solo ser humano, un anciano andrajoso a lomos de un burro, envuelto en un poncho rojinegro de cuadros, sin pantalones y aferrado a la rota culata de un rifle. Escupiendo, dijo ser un soldado que tras tres años de cavilaciones había decidido unirse a la Revolución y luchar por la libertad. No obstante, en su primera batalla dispararon un cañón, el primero que había oído en su vida, a resultas de lo cual se fue corriendo a su casa en El Oro, bajó a una mina y se quedó allí hasta que terminara la guerra.

Antonio y yo avanzábamos en silencio. De vez en cuando él se dirigía a la mula en perfecto castellano. En cierto momento me dijo que aquella mula era «puro corazón». El sol se detuvo un instante sobre la cresta de las montañas de pórvido rojo, y después se ocultó tras ellas. La turquesa bóveda celeste se tiñó del polvo anaranjado de las nubes. Las leguas de desierto ondulado brillaban y se acercaban bajo la suave luz. De pronto se alzó ante nosotros la sólida fortaleza de un gran rancho, como los que uno se encuentra una vez al día en aquella vasta tierra, un cuadrado imponente de paredes blancas, con torres provistas de espilleras en las esquinas y una puerta tachonada de hierro. Se erguía sombrío y adusto sobre una pequeña colina desnuda, como cualquier castillo, rodeado de corrales de adobe. Debajo, en lo que había sido un arroyo seco durante todo el día, el río subterráneo emergía en una poza y desaparecía de nuevo en la arena. Finas hileras de humo procedentes del interior se elevaban en lo alto hacia el último sol de la tarde. Desde el río a la puerta pululaban las

pequeñas figuras negras de las mujeres con jarros de agua sobre la cabeza, y dos jinetes llevaban el ganado hacia los corrales. Ahora las montañas al oeste eran de terciopelo azul y el pálido cielo, una bóveda sanguinolenta de seda acuosa. Pero cuando llegamos al gran portón del rancho, en lo alto solo había una lluvia de estrellas.

Antonio preguntó por don Jesús. Siempre se acierta preguntando por don Jesús en un rancho, porque ese es indefectiblemente el nombre del administrador. Al fin apareció un hombre de una altura imponente, con pantalones ajustados, camiseta de seda púrpura y un sombrero gris adornado con un cordón de plata, que nos invitó a entrar. El interior del muro estaba ocupado por casas de un extremo a otro. A lo largo de las paredes y sobre las puertas colgaban tiras de carne seca, junto a ristras de pimientos y ropa tendida. Tres muchachas cruzaron la plaza en fila con jarros de agua bamboleando sobre sus cabezas, hablando a gritos con la voz chillona de las mujeres mexicanas. En una casa, una mujer inclinada amamantaba a su bebé. En la puerta de al lado, otra se afanaba de rodillas en la interminable labor de moler el maíz en un batán de piedra. Los hombres, acuclillados ante pequeñas fogatas hechas con hojas de maíz y envueltos en sus ponchos desvaídos, fumaban sus hojas mientras veían trabajar a las mujeres. Mientras desensillábamos nuestros caballos, se levantaron y, rodeándonos, nos lanzaron un «buenas noches» en tono suave, curioso y amigable. ¿De dónde veníamos? ¿Adónde íbamos? ¿Qué noticias teníamos? ¿Los maderistas ya habían tomado Ojinaga? ¿Era cierto que Orozco venía a matar a los pacíficos? ¿Conocíamos a Pánfilo Silveyra? Era un sargento, uno de los hombres de Urbina. Provenía de aquella casa, y era primo de este hombre. ¡Ah, había demasiada guerra!

Antonio fue a agenciarse maíz para la mula.

—Solo un poquito de maíz —rogaba—. Seguro que don Jesús no le cobraría nada... Solamente lo que puede comer una mula...

En una de las casas negocié nuestra cena.

—Ahora somos muy pobres —dijo una mujer, extendiendo las manos—. Un poco de agua, frijoles, tortillas... Es todo lo que comemos en esta casa. ¿Leche? No. ¿Huevos? No. ¿Carne? No. ¿Café? ¡Válgame Dios, no!

Le sugerí que con ese dinero podía comprar esos productos en alguna otra casa.

—¿Quién sabe? —respondió vagamente.

En ese momento llegó el marido y le regañó por su falta de hospitalidad.

—Mi casa está a su disposición —dijo con aire espléndido, y me pidió un cigarrillo.

Luego se sentó en cuclillas mientras la mujer traía las dos sillas familiares y nos invitaba a sentarnos. El cuarto era de buen tamaño, con el suelo de tierra y un techo de pesadas vigas que dejaban entrever el adobe. Las paredes y el techo estaban encalados y, a simple vista, immaculados. En un rincón había una gran cama de hierro, y en el otro una máquina de coser Singer, como en el resto de las casas que vi en México. Había también una mesa de patas largas y finas, sobre la que se veía una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, ante la cual ardía una vela. Arriba, en la pared, colgaba una ilustración procaz recortada de las páginas de *Le Rire* con un marco de plata, claramente un objeto de la más alta veneración.

Entonces llegaron varios tíos, primos y compadres a preguntarnos tranquilamente si fumábamos. A una orden de su marido, la mujer trajo una brasa entre los dedos y nos pusimos a fumar. Se hizo tarde. Se inició una pequeña discusión acerca de quién compraría las provisiones para nuestra cena. Al final decidieron que la mujer y, poco después, Antonio y yo nos sentamos en la cocina, mientras ella, inclinada sobre la plataforma parecida a un altar situada en una esquina, cocinaba directamente sobre el fuego. El humo nos envolvió antes de salir por la puerta. De vez en cuando un cerdo o unas cuantas gallinas se colaban desde el exterior, o una oveja intentaba pillar alguna tortilla, pero la voz enojada del señor de la casa recordaba a la mujer que no estaba haciendo cinco o seis cosas a la vez. Entonces ella se levantaba fatigosamente y ahuyentaba al animal con una tea encendida.

Durante toda la cena —cecina muy picante por el chile, huevos fritos, tortillas, frijoles y un café negro y amargo— toda la población masculina del rancho nos hizo compañía, tanto dentro como fuera del cuarto. Algunos parecían especialmente predispuestos en contra de la Iglesia.

—¡Curas sinvergüenzas! ¡Siendo nosotros tan pobres, vienen a quitarnos la décima parte de lo que tenemos! —exclamó uno.

—Y nosotros pagando al Gobierno una cuarta parte por esta maldita guerra...

—¡Cállense la boca! —chilló la mujer—. ¡Es para Dios! Dios tiene que comer, igual que nosotros.

Su marido sonrió con aires de suficiencia. Había estado una vez en Jiménez y se le tenía por un hombre de mundo.

—Dios no come —sentenció—. Los curas engordan a nuestra costa.

—¿Por qué lo dan? —pregunté.

—Es la ley —dijeron varios al unísono.

¡Y nadie podía creer que esa ley había sido revocada en México en el año 1857!

Les pregunté por el general Urbina.

—Un buen hombre, todo corazón —dijo uno.

—Es muy valiente —dijo otro—. Las balas le rebotan como agua en un sombrero.

—Es el primo de la hermana del primer marido de mi mujer.

—Es bueno para los negocios del campo (dicho de otro modo, es un bandido y salteador de primera).

Y por último, uno dijo con orgullo:

—Hace unos pocos años era un peón como nosotros, y ahora es general y un hombre rico.

Pero no olvidaré en mucho tiempo el cuerpo esquelético y los pies descalzos de un anciano con cara de santo, que dijo lentamente:

—La Revolución es buena. Cuando termine, nunca nunca más pasaremos hambre si servimos a Dios. Pero es larga y no tenemos nada que comer ni ropa que ponernos, pues el amo ha abandonado la hacienda y no tenemos herramientas ni animales para trabajar. Además, los soldados se llevan todo nuestro grano y ahuyentan nuestro ganado.

—¿Por qué no luchan los pacíficos?

—Ahora no nos necesitan —dijo, encogiéndose de hombros—. No tienen rifles para nosotros, ni caballos. Están ganando. ¿Y quién los alimentará si no plantamos maíz? No, señor. Pero si la Revolución sale derrotada, entonces no habrá más pacíficos. Se alzarán con nuestros cuchillos y nuestros látigos... La Revolución no será derrotada...

Cuando Antonio y yo nos envolvimos en nuestras mantas sobre el suelo del granero, ellos cantaban. Uno de los jóvenes se había agenciado una guitarra en alguna parte y dos voces, entrelazándose en la típica y estridente armonía mexicana de barbería, cantaban algo acerca de una «triste historia de amor».

El rancho era uno de los muchos pertenecientes a la hacienda de El Canotillo y pasamos todo el día siguiente recorriendo sus grandes terrenos, que cubren más de ochocientas mil hectáreas, según me dijeron. El hacendado, un rico español, había huido del país dos años antes.

—¿Quién es el dueño ahora?

—El general Urbina —dijo Antonio.

Y así era, por lo que vi después. Las grandes haciendas del norte de Durango, un área mayor que el estado de Nueva Jersey, habían sido confiscadas al Gobierno constitucionalista por el general, que las regentaba con sus propios agentes, y, según se decía, iba a medias con la Revolución.

Viajamos durante todo el día, sin parar más que para comer unas tortillas. Al atardecer vimos el muro de barro parduzco que rodeaba El Canotillo, con su ciudad de pequeñas casas y la vieja torre rosada de la iglesia sobresaliendo entre los álamos, a unos kilómetros al pie de las montañas. El pueblo de Las Nieves, un desordenado conjunto de casas del color del adobe con que están construidas, se desplegaba ante nosotros como una extraña excrescencia del desierto. Un río cabrilleaba, sin rastro de verde en sus riberas que contrastase con la llanura calcinada, y trazaba un semicírculo alrededor del pueblo. Cuando lo vadeamos, entre las mujeres arrodilladas que lavaban la ropa, el sol se ocultó de pronto tras las montañas al oeste. Al instante un diluvio de luz amarilla, espesa como el agua, inundó la tierra, y una bruma dorada se elevó desde el suelo, donde flotaba el ganado sin patas.

Yo sabía que el precio por un viaje como el que me había proporcionado Antonio era de al menos diez pesos, y para colmo era árabe. Pero cuando le ofrecí dinero, me abrazó y se echó a llorar. ¡Dios te bendiga, árabe excelente! Tienes razón, los negocios son mejores en México.